

OFRENDA LÍRICA A GÓNGORA

MARÍA JOSÉ PORRO HERRERA
ACADÉMICA NUMERARIA

Mi Señor D. Luis de Góngora: con el debido respeto me dirijo hoy a Usted en nombre de todos mis compañeros de Corporación, ya sabe: la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles de Artes de Córdoba, para testimoniarle un año más ¿y cuántos van ya? nuestro más sincero afecto, reconocimiento y gratitud por admitirnos en la humilde relación paterno-filial que desde hace tantísimos años nos viene dispensando.

Debo hacer honor a la Corporación que hoy represento, pero, como vos en el Coro de esta misma Catedral, me siento incómoda, sin encontrar una salida que sea digna de ella, la Academia, y especialmente de vos.

No tengo la suerte de que la Musa dictara a mi oído prosas o versos “en soledad confusa, perdidos unos, otros inspirados”.

Junto a la ofrenda floral, mis compañeros de ayer y de hoy, año tras año, han venido rindiéndoos el tributo de su particular ofrenda lírica, consiguiendo espigar y recolectar en vuestro honor pequeños florilegios a la manera áurea: en honor a vos escogieron las palabras más brillantes, pero también más cálidas de su estro. Buscaron e indagaron en sus adentros para no ofender la gloria del autor a quien algunos, mezquinamente, no quisieron o no supieron reconocer la excelsitud de su poesía, esa que ha llevado a tantos estudiosos a consideraros “una de las voces más originales de la cultura occidental” (Antonio Cruz), llamándoos el “nuevo Homero”; la misma autoridad al que siendo niño reconoció su gran ingenio el prestigioso humanista Ambrosio de Morales, gran amigo de vuestro padre y frecuentador de la casa familiar. Tan excelso como el muro de la Córdoba que arrojó cálidamente los fracasos de vuestras aspiraciones cortesanas, pretendidas con solo mediano éxito, que os llevaría a cantar:

¡Mal haya el que señores idolatra
y en Madrid desperdicia sus dineros!...

Al igual que a vos en otro tiempo, a la familia académica hoy le apremian los apuros económicos, con la única ventaja de no tener un rival tan incisivo como Quevedo que os acusaba de que “no altar, garito sí...”

Los compañeros Académicos os ofrecieron en su ofrenda lírica la sordina que aplicar al griterío de las “trescientas mil ocas” parientas de los “patos del aguachirle castellana”.

Yo, que hago más cada una de las sentidas palabras que mis inmediatos predecesores en la ofrenda os han ido dedicado todos estos años, vengo hoy en son de súplica, como

hermano mayor que sois, experimentado en los recios avatares de la vida, separado por la muerte de sus protectores:

Al tronco descansaba de una encina
que invidia de los bosques fue lozana,
cuando segur letal, una mañana
alto horror me dejó con su ruina.

exclama nuestro poeta a la muerte del Conde de Lemos.

Como bien conoceréis desde esa eternidad que a todos nos aguarda, venimos hay aquí, peregrinos de nuestra amada patria que es la sede de Ambrosio de Morales, “como quien espera el alba”, que dijera Cernuda. Como vos, tenemos una casa, pero, como vos, también nosotros estamos en trance de perderla, y así andamos peregrinando por la enmarañada red viaria cordobesa acogidos al amparo de otras instituciones benefactoras, resistiéndonos a la posibilidad de olvidarnos el poder disfrutar de la nuestra.

Henos aquí con la esperanza de que nuestros pasos no repitan la senda de tu Peregrino “náufrago y desdeñado, sobre ausente”. Y así, aunque ahora nos encontremos “entre espinas, crepúsculos pisando”, no descartamos el que pronto pueda llegar el día en que vengamos a ofrecer nueva casa a la podáis acogeros, lejos de las insidias, maledicencia y la incomprensión de vuestros menoscabados enemigos. Si Jáuregui se atrevió a tachar tus *Soledades* de “poemilla friático” y el gran Menéndez Pelayo tampoco os comprendió, siempre pudisteis contar con un Pedro Díaz de Rivas o un Abad de Rute que te defendieran con clarividencia y cuya estela sería continuada y enriquecida con las aportaciones de un Miguel Artigas, presente en la conmemoración que te hiciera nuestro *Boletín* y en los escritos de un Dámaso Alonso, a quien guió por vuestra Córdoba nuestro malgrado académico Ricardo Molina, y ello sin dejar de traer a colación las aportaciones que sabiamente te han hecho los actuales académicos responsables de nuestro humilde Instituto de Estudios Gongorinos.

Acudimos a vos, don Luis, nuestro patrón laico, en este recinto tantas veces sagrado de la Catedral-Mezquita, para honraros con nuestra humilde presencia, para que nos escuchéis, aprovechando algún resquicio silencioso de vuestros rezadores compañeros de coro, o el de las múltiples *laudatio* con las que las instancias oficiales os han querido obsequiar este año con versos-colgaduras en balcones, desde estrados y escenarios que en algarabía plurilingüe se han disputado recitadores y poetas que querían presentaros su ofrenda lírica, o desde puertas abatibles de autobuses que no siempre permitían al anónimo lector finalizar con éxito la lectura de romances y letrillas en los que dejásteis la impronta de vuestro magisterio. En la explosión cultural de nuestra primavera festiva cordobesa, os suplicamos que no os olvidéis de volver a la Real Academia cordobesa “esos tus ojos” de forma que sigais siendo faro y luz que nos alumbré en el inútil deseo de emular vuestra constancia, vuestra nobleza y exquisitez artística, teniendo como glorioso punto de mira la aspiración a la perfección que marcó vuestra trayectoria poética.

Las rosas rojas que hoy traemos no han de ser para Galatea, innúmeras veces celebrada. Acéptelas, don Luis, en nombre de la ya bicentenaria Academia Cordobesa y sepa que, en el retórico juego que a vos tanto complacía, la fidelidad a vuestro recuerdo de quienes formamos parte de ella estará siempre empeñada en hacer perdurar *in aeternum*, contradiciendo así las inevitables consecuencias que el inexorable *tempus fugit* algún día nos ha de alcanzar.

Que así sea.

La poesía, la literatura en general, tiene un componente más intelectual que permite otro tipo de gozo, más racional, más argumental

DE LOS QUE CENSURARON SU *POLIFEMO*

Pisó las calles de Madrid el fiero
Monóculo galán de Galatea,
Y cual suele tejer bárbara aldea
Soga de gozques contra forastero,

Rígido un bachiller, otro severo,
(Crítica turba al fin, si no pigmea)
Su diente afila y su veneno emplea
En el disforme cíclope cabrero.

A pesar del lucero de su frente,
Le hacen oscuro, y él en dos razones,
Que en dos truenos libró de su Occidente:

«Si quieren», respondió, «los pedantones
Luz nueva en hemisferio diferente,
Den su memorial a mis calzones».
1615

A LOS APASIONADOS POR LOPE DE VEGA

Patos de la aguachirle castellana,
que de su rudo origen fácil riega,
y tal vez dulce inunda nuestra Vega,
con razón Vega por lo siempre llana:

pisad graznando la corriente cana
del antiguo idioma y, turba lega,
las ondas acusad, cuantas os niega
ático estilo, erudición romana.

Los cisnes venerad cultos, no aquellos
que escuchan su canoro fin los ríos;
aquellos sí, que de su docta espuma

vistió Aganipe. ¿Huís? ¿No queréis vellos,
palustres aves? Vuestra vulgar pluma
no borre, no, más charcos. ¡Zabullíos!
1621

POEMA RESPONSO A VERLAINE DE RUBÉN DARÍO

Padre y maestro mágico, liróforo celeste
que al instrumento olímpico y a la siringa agreste

diste tu acento encantador;
 ¡Panida! Pan tú mismo, con coros condujiste
 hacia el propíleo sacro que amaba tu alma triste,
 ¡al son del sistro y del tambor!
 Que tu sepulcro cubra de flores Primavera,
 que se humedezca el áspero hocico de la fiera
 de amor si pasa por allí;
 que el fúnebre recinto visite Pan bicorne;
 que de sangrientas rosas el fresco abril te adorne
 y de claveles de rubí.
 Que si posarse quiere sobre la tumba el cuervo,
 ahuyenten la negrura del pájaro

COMO QUIEN ESPERA EL ALBA (Luis Cernuda)

Lo mismo que un sueño
 Al cuerpo separa
 Del alma, esta niebla
 Tierra y luz aparta.

Todo es raro y vago:
 Ni son en el viento,
 Latido en el agua,
 Color en el suelo.

De sí mismo extraño,
 ¿Sabes lo que espera
 El pájaro quieto
 Por la rama seca?

Lejos, tras un vidrio,
 Una luz ya arde,
 Poniendo la hora
 Más incierta. Yace

La vida, y tú solo,
 No muerto, no vivo
 En el pecho sientes
 Débil su latido.

Por estos suburbios
 Sórdidos, sin norte
 Vas, como el destino
 Inútil del hombre.
 Y en el pensamiento
 Luz o fe ahora
 Buscas, mientras vence
 Afuera la sombra.